LIBROS RAROS Y CURIOSOS

LITERATURA FRANCESA HISPANÓFOBA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

(Continuación)

IV

La *Oposición y conjunción de los dos grandes luminares de la tierra* y la *Antipatía de Franceses y Españoles* del Dr. Carlos García.

El encono secular entre franceses y españoles, que en tiempo de Carlos V y Francisco I tomó ya el aspecto de encarnizada rivalidad, degeneró más tarde, con Enrique IV y Felipe II, en odio mortal. Y si al principio fué engendrado por la supremacía de la pujanza española, cuando en las postrimerías de Felipe II empezó la decadencia de nuestra influencia en los destinos de Europa, el odio fué trocándose en desprecio y rebajamiento, cuyas manifestaciones crean el género literario de las rodomontadas y sátiras y libelos que hemos visto en los capítulos anteriores.

La reconciliación que el casamiento de Luis XIII con la infanta española Ana de Austria produjo entre los dos países no fué más que política. La animosidad, la antipatía y el desprecio subsistió en las multitudes «como producto del prejuicio colectivo, secular, transmitido de generación en generación, extraña mezcla de odio y desprecio, recuerdo atávico de pasadas humillaciones que ahora nos hacen pagar en las antenas» (1).

Sin embargo, de momento entre los dos pueblos, cansados y extenuados ya de tan prolongadas luchas, el casamiento de Luis XIII con la Infanta española fué una tregua que ambos países acogieron con deseo de descanso y como término, siquiera fuese momentáneo, a los pasados sacrificios y calamidades. Da idea del entusiasmo con

(1) Juderías. *La España negra.*

que en París se celebró el regio enlace la protesta sórdida del gran Sully, no sólo como declarado hispánofo, sino como hacendista que condena los derroches del Tesoro público, al decir en sus *Memorias:* «En la conclusion de ces mariages, il se fit tant de pompe, de magnificence et de superbes dépenses en France, dans la place Royale, qu'il ne s'était jamais rien vu de pareil dans le Royanme, ni qui eût plus de lustre et d'éclat».

Y si siempre con ocasión de bodas reales hay un desbordamiento literario de epitalamios, odas, crónicas y libros que pretenden perpetuar el fausto acontecimiento, pocas veces como entonces el entusiasmo de poetas y escritores produjo tanta diversidad de obras. Recordamos, entre otras, una curiosísima titulada «*Relation de ce que s'y est passé cinquiesme, sixiesme et septiesme jour d'avril de mil six cens douze, pour la publication des mariages du Roy et de Madame avec l'Infanct et le Prince d'Espagne. Le tout recueilli par le commandement de Sa Majesté*». La originalidad de esta relación, más que en su escaso mérito literario, pues es una descripción de las fiestas que se celebraron en el Campo de la Plaza Real, está en que el libro tiene dos frontispicios, a un lado el retrato de Luis XIII, enfrente de él la Infanta española, de manera que al cerrar el libro se juntan las caras de los reales esposos en una continuada caricia. Y así lo expresa estos versos intencionados:

Lecteur, ne trouble pas son aise,
Ce Roy tout d'amour enflammé,
Est si discret qu'il ne la baise
Que lorsque le livre est fermé.
Le graveur a fait, ce me semble
Ce que vous mêmes désirez;
Il vous a mis tous deux ensemble,
Bien que vous soyez separés.

Mientras vivió Enrique IV el españolismo que iba apoderándose de la corte francesa estaba contenido por el temor a las represalias que contra el partido españolista dictaba el rey y Sully. A la muerte del monarca la preponderancia hispánica se desbordó ya sin obstáculos y pudo desenvolverse libremente en todos sus aspectos.

Aprovechando la oportunidad de que todo cuanto fuese español era favorablemente acogido en París, sobre esta ciudad cayó una nube de aventureros españoles en busca de fortuna, quien honradamente

adjudicándose el título de «maestro de castellano», sin más mérito ni título a veces que ser español, lo que facultaba para dar lecciones de su lengua, quien como parásito de algún noble a quien servía de espadachín o de truchimán, otros hasta para enseñar la guitarra, instrumento muy de moda entonces, y todos con el afán de aprovecharse de las circunstancias en que su carácter aventurero tenía ancho campo donde sus aficiones y aptitudes podían libremente desenvolverse.

Entre los muchos aventureros o emigrados que se adjudicaron el título de «maestros de castellano» y la de intérpretes de la corte y de algunos nobles, los hubo de gran relieve que por su cultura lograron destacarse del montón anónimo de los maestrillos que se disputaban el favor de las personas distinguidas deseosas de chapurrear siquiera algo el castellano. Y aunque este interesante aspecto de la influencia española en Francia será estudiada en capítulos sucesivos, hemos de ocuparnos ahora especialmente de un español cuya personalidad literaria sobresale entre los que tanto bulleron en la corte de Luis XIII.

Nos referimos al Doctor Carlos García, autor de la interesantísima obra *Oposición y conjunción de los dos grandes luminares de la tierra. Obra apacible y curiosa en la cual se trata de la dichosa Alianza de Francia y España: con la antipatía de Franceses y Españoles* (1). Antes de ocuparnos de esta obra, muy conocida de eruditos pero poco divulgada, tenemos que trazar en algunos rasgos la interesante figura de su autor, cuyo nombre verdadero creíase encubría el seudónimo de Dr. Carlos García, duda que ha dado ocasión a que se adjudicase la paternidad de la citada obra a autores de nota, entre ellos nada menos que a Cervantes, según el cervantista José M.ª Sbarbi (2). Pero no ha podido tomarse en serio la genialidad del originalísimo Sbarbi a quien se le puso «entre ceja y ceja que dichas obras (*La Conjunción y oposición* y la *Desordenada codicia* de la que es autor también el Dr. García) podían pertenecer más bien a la pluma de Cervantes que a la del incógnito Dr. Carlos García, sujeto, a mi concepto, que jamás ha existido».

Cuando reprodujo la colección de *Libros de Antaño,* la primera

(1) De tan curiosa obra existe en la Biblioteca Nacional una edición en París de 1617, que se considera la primera (reproducida en el tomo 7.º de *Libros de Antaño*), las de Cambray 1622, Ruan 1627, Ruan 1638, y Gante 1645, además de una traducción en italiano, Venecia 1660.

(2) *In illo tempore y otras frioleras.* Madrid 1903.

edición de 1617 se declara en la Advertencia que el autor debió de ser algún aventurero o emigrado español que, «dándose a sí propio el título de Doctor», encubrió su verdadero nombre.

Hoy, con datos recogidos en el tesoro bibliográfico que nos legó Menéndez Pelayo en su Biblioteca de Santander, sabemos ya con seguridad que el nombre del autor de la *Antipatía de franceses y españoles* fué efectivamente un español llamado Carlos García, con lo que la cuestión del seudónimo queda completamente desechada.

En un librejo muy raro y de muy escaso mérito literario y de materia muy poco amena, pues se trata de deshilvanadas divagaciones sobre las costumbres de los alemanes, descripciones burlescas de ciudades y otros asuntos de escasísimo interés, y que indudablemente fué escrito para la enseñanza del castellano, en ese libro titulado *Olla podrida a la Española, compuesta i saçonada en la Descripcion de Munster en Wesfalia con salsa Sarracena i Africana. Por ser esta ciudad más a propósito que otra para Olla podrida, con la verdadera Ortografêa âsta âora inorada,* por Marcos Fernández, Maestro de Lenguas, en Amberes, año 1655, al tratar de la rivalidad de franceses y españoles dice: «que entre las dos naciones se alla un odio terrible pruevanlo por la *Antipatia* del Dotor garcias».

El tal Marcos Fernández conoció personalmente al «Dotor garcias», y en verdad que le trata cual no digan dueñas, y que si se toman en consideración sus dichos, al famoso Doctor habría que tenerle por un sujeto de tan pésimos antecedentes que no tendría el diablo por donde cogerle. Véase quién era, según Marcos Fernández, el Doctor Carlos García:

«... a él conocí en París, Médico sin grado, filósofo entre seglares, predicador de lo que él quiso, i boton con cola en oxal proivido, abotonador general, i Albeitar de agreçones (sic), bodegonero de asaduras porque el relleno de la boca no admitía más, i vecino de la bastilla, picador del potro por orden de la Reina María; me decía muchas veces que él sabia bien adonde avia de ir despues de su muerte, yo le respondía que, por aquella vez no le quería acompañar, que a la vuelta nos veríamos; era elocuente en las lenguas, goloso y bebedor, más de bruces, bombeaba propagando, este tal fué el que escrivió el dicho libro.»

No puede dudarse ya de la personalidad real del autor de la *Antipatía* ante la afirmación de Marcos Fernández. Ahora bien, si fuése-

mos a dar fe a las graves y deshonrosas acusaciones transcritas, Carlos García, no doctor, ni aún médico fué, en todo caso sería un curandero, un «albeitar» de matachines. Lo de «botón con cola en ojal prohibido» no podemos interpretarlo a derechas, lo mismo puede ser ladrón que otro vicio aún más vil e indecente. Lo mismo puede decirse de ser «abotonador general», que sería inclinación poco honrosa. Y si tales defectos fuesen aún pocos, fué un grandísimo borracho y estuvo preso en la Bastilla, y sufrió el tormento del potro por orden de la reina madre María de Médicis por causas indudablemente muy graves y punibles. Un sujeto, en fin, tan poco recomendable que pudiera clasificársele entre los aventureros encanallados que pululaban en París en aquella época, otro tal como Estebanillo González.

Pero piadosamente quisiéramos, en memoria del celebrado autor, atenuar tan graves acusaciones, recordando que la rivalidad entre los españoles que cayeron sobre la corte francesa disputándose las lecciones de castellano o los favores de los cortesanos era tan enconada, que a lo menos que podían llegar era al insulto para desacreditarse unos a otros, tan propio en aquellos tiempos como en los presentes del carácter español. El mismo acusador, Marcos Fernández, tenía por lo menos el mismo pecado de vanidad, pues si Carlos García, como Juan Pérez Montalbán, se colgó un Doctor, su compatriota tampoco anduvo escaso en atribuirse méritos en la portada de otro librejo suyo, titulado *Instruction espagnole accentuée* (1), Munster en Wesphalia 1647, publicado en Colonia en 1648 por Marcos Fernández, «maître des langues espagnole et française en l'Université de Salamanca, ès cours de París et Brusselles, en l'Université de Louvain». Según vemos, no sólo se titula pomposamente maestro de las Universidades de Salamanca y Lovaina, sino que ejerció en las cortes de París y Bruselas su profesión. A juzgar por sus obras, que carecen

(1) Llámale *Instrucción española acentuada* porque, dándoselas de innovador de la ortografía, aplica al castellano la acentuación francesa, grave, aguda y larga, a capricho, como puede verse en el siguiente párrafo, en el que también ataca despiadadamente al bueno de Ambrosio de Salazar, el conocido «maestro de castellano» de la corte de Luis XIII:

«...que dirémos de los líbros que à traducído el buén Salaçár, con sús ônce de obèja, que ni se sàbe si son gramàticas o diàlogos ô istôrias.»

Esta originalidad ortográfica, que él tendría como un alarde de suficiencia, da una pobre idea de la mentalidad de Marcos Fernández.

en absoluto de mérito, por su estilo confuso y su asunto trivial, Marcos Fernández debió de ser uno de tantos pobres diablos aventureros que vivieron en París, engreídos de su título de español, con el que ya se creían autorizados para *épater* a los franceses, atribuyéndose títulos, hidalguía, ciencia y valor, que les ponía en ridículo y daban motivo a las burlas, sátiras y denuestos sobre la «gravedad castellana» y los «caballeros de la burrica», que no comían más que «pan y rabanillos».

Posteriormente a la cita del «maestro» Marcos Fernández tenemos otro dato que prueba también la autenticidad del nombre de Carlos García. En la rica *Bibliotheca hispano-nova* de Nicolás Antonio hallamos que «Carolus Garcia, nescio qui, doctorem sese nuncupans, non sine utriusque gentis invecem sibi emulae observatione multa, Gallice simul et Hispanice circonscript *Antipathia de Franceses y Españoles.*

De lo que se deduce que, coincidiendo con Marcos Fernández, no era doctor y que su personalidad es desconocida, pero se afirma que fué realmente el autor de la *Antipatía.*

Lo que no puede dudarse es que el autor de *La oposición y conjunción* tenía claro talento y apreciables dotes de observador y que, si no fuese por algunos galicismos que afean el estilo a trozos, fué hombre de ingenio que dominaba el castellano, no así el francés, porque al publicarse la obra en forma bilingüe la traducción aparece con las iniciales R. D. B.

El propósito de Carlos García, a primera vista, está inspirado en el nobilísimo deseo de que desaparezcan para siempre la animosidad, la antipatía, los prejuicios, en una palabra, que se oponían a una franca y leal amistad entre franceses y españoles.

Pero en el fondo vénse miras interesadas en sus desmedidas adulaciones a los franceses, encaminadas indudablemente a su medro personal. Hombre de pocos escrúpulos, al parecer, pospone sus resentimientos de patriota a cambio de mendigar con sus alabanzas, más literarias que sinceras, protecciones y benevolencias que mejoren su precaria situación de aventurero emigrado, por más que él confiese que fué a París «solamente movido por el natural deseo y apetito de saber a qué inclina las voluntades inquietas».

Son notables los equilibrios que tiene que hacer para adular a los franceses sin que se resientan los españoles, y en defender a los españoles sin herir el amor propio de sus rivales.

Véase como se esfuerza en adular a los franceses en el capítulo titulado *De la nobleza y valor de los Franceses:*

«¿Cuál rayo despedido de la nube baja más furioso, trepando la espaciosa región del aire, que los intrépidos y belicosos Franceses en el campo de batalla? ¿Y qué reino, nación o provincia hay sobre la tierra, que teniendo a Francia de su parte, no tenga un Marte en su brazo, un león en su pecho, un águila en sus manos, una corona en su cabeza y segura la victoria?... ¡Oh, Francia dichosa, dechado de perfección y nobleza, justamente llamada cielo, y no cualquiera, sino Empíreo!..»

Y como si aun le pareciese floja la adulación, llevado de su impulso inspirador y de su fingido entusiasmo, y como no le doliesen prendas para demostrarlo, llega a decir lo que sigue, que estando aún tan recientes los pasados enconos, dicho por un español, es a todas luces insincero:

«¿Quién podrá argüirte de pecado, ni poner en tí una sola mácula de imperfección, si no fuese el que se quemase en el fuego de la envidia y pasión?»

Y como adulador que tiende la mano esperando la limosna que ha pedido con halagos, añade: «¿Cuándo llegó el pobre necesitado a tus puertas, que con liberal y franca mano no remediase sus necesidades?» Y a guisa de gracias anticipadas, termina con arrebatado y fingido entusiasmo: «Eres la quinta esencia de la grandeza y valor, eres el *infinitum in acta* de excelencias y valentías. Y finalmente, eres el concierto y armonía de nuestro hemisferio.»

Aún no queda satisfecha su fantasía arrebatada por la inconsciencia de su fingido entusiasmo. Más, mucho más, puede decir todavía si el temor de ser prolijo no le detuviera la lengua, así, pues, ha de enfrenarse para no seguir en su alocada adulación. Ha sido poco, y entiéndanlo así «los que este capítulo leyeren, que si he dicho algo que a los ojos y consideración de algunos pareciere demasiado, todo no es más que una mínima partecilla de lo mucho que en alabanza de esta singular nación puede decirse, porque pretender apear las colmadas gracias y extremada gentileza deste ciclo francés, será poner puertas al Mundo, o dar fondo en un mar sin suelo.»

En todas sus alabanzas a la grandeza, poderío, gentileza y excelencias de los franceses, ha hecho sólo «imitar la industria de aquel famoso pintor, al cual habiéndole mandado que retratase un gigante

en una pequeña y muy angosta tabla, viendo que era del todo imposible podello pintar entero, acordó dibujar una sola y la más pequeña uña dél, para que por ella, proporcionalmente, se pudiese conocer la deformidad y desigualdad del gigante.»

Y continuando mostrando a las claras su carácter adulador, flexible y poco escrupuloso, en el capítulo siguiente, que titula *De la nobleza y valor de la nación española,* intenta sincerarse de tanta alabanza ante sus compatriotas los españoles, con tan quebradizas excusas de puro sutiles como las siguientes:

«Ya me zumban el oído las quejas de mi madre España, ofendida de haber consagrado a las alabanzas de Francia mi oración, pareciéndole que, vencido de algún interés, pasión o cohecho, he pasado en silencio sus grandezas. Ya veo los españoles enojados, coléricos y cejudos contra mí... creyendo que he quitado al César lo que es suyo contra la ley natural de la patria.

Pero, supuesto que no es mi intención encender el fuego de la enemistad entre estas dos naciones, antes bien apagar el que hay, y tratar solamente de las excelencias y nobleza de entrambas, sin ofender alguna dellas; digo (evitando la comparación por ser odiosa), que en estas dos nobilísimas naciones no hay mayor ni menor, grande o pequeño, porque ambas a dos son luminarias grandes, resplandecientes y bellas, enviadas aposta en este mundo para ilustrar y enriquecer toda la extirpe de Adán.

Y así todo lo que de la nación francesa tengo dicho, se debe entender, al pie de la letra, de la española, sin faltarle la mínima perfección que el entendimiento pudiera concebir.»

Pero aun concede a los españoles alguna supremacía al decirnos «que las heroicas hazañas y señaladas empresas que los bélicos españoles han hecho en la guerra, claramente se vieran las del propio Marte afrentadas con las suyas», con lo que nos da una muestra más de su lirismo patriótico y su estilo fanfarrón.

Y como para halagar de paso a la reciente reina de Francia doña Ana de Austria, lanza también fuertes humaradas de incienso a su padre el rey de España Felipe III, encomios que hoy, teniendo en cuenta la pobre mentalidad y debilidad de carácter de aquel rey, y que indudablemente Carlos García pudo apreciar aun mejor que nosotros por ser su contemporáneo, suenan más a ironía que a rastrera alabanza palaciega.

«De la inmensidad y fortaleza de España nos serán testigos las águilas ligeras y ferocísimo león, que por armas y blasón lleva en todas sus empresas ese gran Filipo, dando por ellas a entender que su imperio, valor y fortaleza vuela por todas las partes del Mundo. En Europa es el padre y pastor, su refugio y torre de fortaleza y el que tiene a raya un infinito número de leoncillos, lobos, tigres y zorros que desean morderle.» De todos se defiende «ese augusto león... y el valor de este gran león llega hasta los confines del Mundo, pues América le obedece, Africa le teme, Asia le desea y Europa le honra.»

Como prueba de su ingenio, mostramos a continuación los cubiliteos literarios que hace comparando a Francia y a España con «los grandes luminares terrestres», es decir, el sol y la luna, y véase cómo se las compone con artes sofísticas para no declarar, al fin y al cabo, cuál es el astro y cuál el satélite.

«Y para mostrar la gran proporción que tienen estas dos grandes naciones con los dos luminares terrestres, bástame que la Sagrada Escritura diga que Dios crió dos grandes luminares, sin que ahora ande buscando otras particularidades y metafísicas diferencias. Con todo eso, para la satisfacción de los mal contentos y demasiadamente curiosos, los cuales no podrán quitarse (sic) hasta saber cuál destas dos naciones es el Sol y cuál la Luna, cuál domina en el día y cuál en la noche, me será forzoso declarar un punto de Filosofía, en el cual el entendimiento más cosquilloso y apasionado quedará satisfecho, y confesaré que no hay mayor ni menor en estas dos nobilísimas naciones, siendo ambas grandes y de supremo resplandor y virtud... que así como el agua en muchos vasos dividida, sean grandes o pequeños, se hallará que todas y cada una de las dichas partes tienen el mismo nombre y virtud de toda el agua, así siendo la luz una calidad homogénea y similar, todas sus partes, aunque en diversos sujetos repartidas, tendrán el mismo nombre, naturaleza y virtud. Y así, sería muy fuera de propósito imaginar que la luz del Sol sea diferente o de otra calidad que aquella de la Luna, habiéndolas hecho Dios resplandecientes a entrambas en el cuarto día con sólo aquella luz que en el primero crió, lo cual prueba admirablemente aquellas palabras del psalmo, que dicen: ni el Sol te quemará en el día ni la Luna en la noche, para terminar que aunque la Sagrada Escritura llame la una luminaria mayor y la otra luminaria menor, en cuanto a luz ambas son grandes y resplandecientes.»

Y siguiendo con su cubiliteo de imágenes y comparaciones tan falsas como sutiles, viene siempre a terminar diciendo que el sol y la luna, aunque diferentes, son iguales en esencia, de modo que los franceses y españoles son grandes «aunque tengan alguna contrariedad de ceremonias, trajes, humores.... lo que en vez de un mal es un bien para su más estrecha alianza por efecto del contraste, y nadie se engañe creyendo que la contrariedad que estas dos naciones tienen como principios, sea alguna imperfección, antes bien es la mayor nobleza que podían tener.»

Y así como en la demostración de cuál de los dos luminares es el más brillante derrocha su fantasía queriendo deslumbrarnos con sus falsos silogismos, agárrase ahora a la contrariedad de las dos naciones para esforzarse en probar que esa contrariedad lejos de ser un defecto es más bien una virtud, alardeando de sutilezas que nos hacen pensar que su afán de controversia sofística tiene tufaradas del ergotismo escolástico al que tan aficionados eran los estudiantes de nuestras viejas Universidades, cómo si el bueno de García hubiese pisado, por lo menos, algunas aulas universitarias, sin lograr obtener el doctorado que con tanta vanidad se atribuía, sin que quizá llegara a bachiller.

Para sustentar que Francia y España han de ser naturalmente contrarias, lo que lejos de ser defecto es mucha perfección, apóyase nada menos que en Aristóteles a quien atribuye la definición de que «los principios han de ser contrarios y que los contrarios o principios son aquellos que no se hacen de alguno, ni el uno dellos se hace del otro, antes bien, dellos se hacen todas las cosas», y añade tan satisfecho que «la cual definición cuadra maravillosamente a estas dos naciones... porque es llano que desde la creación del Mundo hasta hoy, no se ha visto nación que florezca en letras, ingenios, sutileza, policía, virtud, nobleza y otros loables ejercicios como estas dos. Esta variedad y oposición de naturalezas que en estas dos naciones se halla, tengo por cierto que fué providencia divina... porque si bien se considera, no tiene otro fin ni blanco que la paz y conservación, siendo infalible que no pudiéndose vencer ni deshacer la una a la otra, por razón de la igualdad que tienen en valor y fortaleza, se conservarán, no solamente ellas, pero todas las naciones que dellas dependen... y así por este camino hallaremos que la tal contrariedad va toda ordenada y dispuesta a la paz y conservación del mundo...

porque si Dios no templara la furia, ímpetu y determinación de los franceses con cuatro grados menos de la firmeza, constancia y paciencia que dió a los españoles, fueran sin duda absolutos dueños del Mundo. Y si por el contrario, la paciencia, firmeza y estabilidad de los españoles no fuera mezclada con una tarda y flemática deliberación, no hay que dudar sino que tuvieran en sujeción todos los reinos de la Tierra.»

Y como el autor quiere dejar bien remachada su argumentación, acude para lograrlo nada menos que a la vieja teoría de los cuatro Elementos, el fuego, el agua, el aire y la tierra, «en los cuales el orden con que se mezclan para producir y conservar los cosas que dellos se componen se ve en toda la naturaleza, porque así se hallarán sus calidades templadas y repartidas con tal artificio, que lo que al uno le falta, tiene el otro. Así Dios dió al elemento del Fuego el calor en suma (como dicen los filósofos), pero la sequedad en remiso, que si fuera suma el calor, destruyera con su potencia y actividad todos los demás. Este mismo artificio puso el Soberano Autor del Universo con estas dos naciones, porque puso en los franceses el sumo del esfuerzo, valor y gentileza, pero acompañado con el remiso de la variabilidad e inconstancia. Y plantó en la nación española en supremo grado el ánimo, firmeza y constancia, pero templada con una remisa deliberación».

Hay que hacer justicia a Carlos García. En esta ocasión, como en otras que veremos más adelante, no puede negársele un don de observación muy afinado, porque son muy atinadas sus consideraciones sobre la idiosincrasia de ambos pueblos, trazada así en líneas generales.

Uno de los capítulos de la obra, el titulado *Cómo el Demonio, envidioso de la nobleza y perfección destas dos naciones, convirtió la natural contrariedad en mortal antipatía,* es el más ingenioso, pues persistiendo en su afán de sutilizar las causas de la mutua antipatía atribuye nada menos que al demonio, envidioso y cizañero, el principal origen de todo el daño. Es también este capítulo uno de los mejores escritos, prueba una vez más de que Carlos García manejaba en ocasiones el castellano con gran desenvoltura y fluidez, como pudieran hacerlo nuestros buenos clásicos, cualidades que indujeron a Sbarbi como hemos visto anteriormente, a atribuir a Cervantes nada menos la paternidad de la obra, y si bien hay notable diferencia entre

el príncipe de los escritores castellanos en prosa y el audaz aventurero, y la comparación le honraría demasiado, no por eso deja de hablar en su favor la confusión del ingenuo Sbarbi.

«Dios—dice Carlos García—crió estas dos nobilísimas naciones para extender y comunicar a todo el Mundo el resplandor y belleza que les había dado. Pero como el antiguo serpiente, enemigo capital de la paz, viese el maravilloso fruto y notables provechos que estas dos naciones hacían en el Mundo si viviesen en un acuerdo y unión pacífica, temiendo que por la gran erudición, cantidad y letras, habían de plantar la fe del Evangelio y verdadera religión en muchas provincias bárbaras, infieles e idólatras, y quitarle el dominio que tenía sobre ellas por medio del error, idolatría y bestialidad con que les tenía embelesados, sacó fuerzas de flaqueza y procuró impedir este fruto valiéndose de las armas más eficaces que tenía, cuales son la enemistad y odio. El cual plantó en estas dos hermosas naciones, con tan profundas raíces, que convirtió su artificio en naturaleza, quedando casi por herencia la enemistad y prevención de la una contra la otra, sin hallarse ni un solo rastro de amistad, paz y unión.

Y si el Demonio—prosigue el autor, y ahora es cuando entramos en la parte más interesante y sustanciosa de la obra toda—se hubiese contentado con sólo fundar la enemistad y discordia en los humores, trajes, premáticas y otras ceremonias particulares de estas dos naciones, no fuera el mal tan grande, porque se pudiera remediar con facilidad, pero fué tan diestro y diligente en plantar esta mortal cizaña, que siendo sus espinas y ponzoñas un accidente, la hizo naturaleza distribuyéndola por genealogía y propagación de padres a hijos y destos a nietos, como otro pecado original. De tal suerte que así como el pollo se retira, espanta y altera delante del milano, sin conocerle ni haberle jamás visto, y el corderito manso apenas salido del vientre de su madre, viendo de lejos el lobo se retira atemorizado y medroso huyendo dél como de enemigo mortal, sin que le haya jamás visto ni ofendido, de la propia suerte está ya tan naturalizado el odio de los Franceses contra los Españoles, y el destos contra aquéllos, que en los niños colgados de los pechos de sus madres parece que se anticipa el instinto natural para conocer un español de una legua y dar gritos y voces como si alguna visión se le representase delante.

Desta natural antipatía nace hallar cada una de estas dos nacio-

nes, feas, impropias y del todo abominables las costumbres, trajes, ceremonias, y modo de vivir de la otra, aunque ellos sean buenos en sí mismos, deslústranlas con los tres ordinarios frutos del odio, cuales son la incredulidad, detracción y menosprecio.»

Y añade estas atinadas observaciones que son exactas, no sólo en aquellos remotos tiempos, sino aun, por desgracia, en los tiempos que corremos en cuanto a la incredulidad y regateo de nuestros méritos por la gran masa del pueblo francés, como consecuencia indudable del «pecado original» que, como dice nuestro autor, se trasmite aún de generación en generación.

«Si a un francés—dice—llegasen a contarle alguna victoria de algún castillo o ciudad que por fuerza de armas tomaron los españoles, o finalmente alguna empresa famosa y heroica, siendo tan ordinario hacello en esta nación, no habrá quien se lo haga creer, aunque baje un ángel del cielo a persuadírselo. Y cuando ya llegan a convencerse por la voz común y pública fama o por alguna relación fidedigna de que el caso es verdadero, dirá que el contrario se dió sin defenderse ni meter la mano a las armas, o que todos los del castillo estaban durmiendo, que las guardas y centinelas fueron traidores o que los soldados del contrario eran treinta y ellos tres mil, o, finalmente, que en la armada española había muchos franceses, por consejo e industria de los cuales se dió la batalla y alcanzó la victoria. En resolución, no confesará jamás que la victoria fué legítima, sino por algún accidente o desgracia. Y por el contrario, si llega a oídos de un español otra nueva semejante, dirá que el río salió de madre y tomó el campo del enemigo sin menearse, o que se abrieron treinta piezas de artillería, y dellos murió la mitad de la armada, o que hubo peste o alguna otra enfermedad contagiosa. Finalmente, no confesará jamás que la victoria se alcanzó por fuerza, valor e industria, sino por alguna desgracia.»

La antipatía llega hasta negarse mutuamente las buenas cualidades de los productos de la tierra y de la industria, a pesar de que tanto una como otra nación se sirven de ellos, y así «todo el mundo sabe que España es mucho más estéril de mantenimientos que Francia, por razón de la gran sequedad y pocas lluvias, y así algunos años pasan del Languedoc y Provenza trigos y otras vituallas al reino de Valencia y Cataluña, y de toda Francia pasan telas de Holanda, lienzos, cambray y otras mil galanterías de las cuales carece España,

y con todo eso no se hallará un español que confiese ser mejor tierra, más fértil, abundante y rica Francia.

En esta misma flaqueza—continúa diciendo Carlos García, trazando a grandes rasgos el predominio que las «cosas» de España iban teniendo en Francia—hallo también a los franceses, porque el más alto príncipe de esta nación, el día que quiere hacer ostentación de la grandeza del Mundo, se honra y autoriza con todo lo que viene de España: si saca un hermoso caballo, ha de ser de España; si bebe buen vino, ha de venir de España, si ciñe una buena espada ha de ser española; si ha de salir perfumado ha de ser con guantes y pastillas de España; si viste honradamente, el paño ha de ser de España, y finalmente tiene por afrenta sacar en público, jugar ni llevar consigo otra moneda que pistolas de España, y siendo verdad todo esto, no es posible sacalles de la opinión de que España es un país miserable y los españoles gente ladina, incivil y poco curiosa, y cuando se hallan convencidos por experiencia, responden que en España todo lo que no habla es bueno.» Así terminan, con fina y punzante ironía, las exactas observaciones de Carlos García sobre la ingénita prevención que ambos pueblos se tienen por «naturaleza y herencia», como nos dice el autor con su gráfica expresión.

Pero aún van a ser más profundas e interesantes las atinadas observaciones que nos va a hacer sobre los contrastes que en su modo de vivir material y espiritual tienen ambos pueblos. Si realmente sus observaciones son propias y personales, preciso es confesar que ahora ya Carlos García se nos presenta como un fino psicólogo que con gran penetración analiza y compara el carácter, el gusto, las costumbres, la espiritualidad, las aptitudes, toda la vida íntima en sus distintas fases de franceses y españoles. Y lo curioso y notable es que el autor, con su bien probada ductibilidad, trata de justificar y excusar las diferencias, muchas veces radicales, entre ambos caracteres, como si dejara al discreto lector en libertad de formar juicio personal. La habilidosa táctica de no disgustar ni a franceses ni a españoles es la norma que se ha propuesto seguir en toda la obra.

Para dar mayor realce a las curiosas observaciones e interesantes contrastes que va a presentarnos, dividiremos en capítulos cada fase de la diferencia de carácter entrambos pueblos.

De la glotonería francesa y de la sobriedad castellana.

«Atribuyen los españoles la liberalidad, banquetes y comidas espléndidas de los franceses a glotonería y demasiada gula, siendo verdad, como he visto por experiencia, que son muy regalados y extraordinariamente delicados en su comer, particularmente la nobleza, no teniendo por blanco de estos excesos otro que tener sus casas, criados y familias hartos, contentos y alegres: cosa tan propia de la generosidad.

Los franceses creen que la abstinencia destos excesos, regla y orden que los españoles tienen, nace de bajeza, miseria y avaricia, solamente por no gastar; siendo verdad—dice García echándoselas de moralizador, sobrio y prudente, él, que fué, según le acusa su rival Marcos Fernández, borracho y tragón—que no hay virtud que pueda igualarse a la sobriedad y recato, tanto por ser precisamente encomendada por la Sagrada Escritura, como por los provechos espirituales y corporales que della nacen.»

Interesante contraste. Es cierto que los franceses, en general, por su temperamento y carácter sensualista, son inclinados al regalo, a la *bonne chère*. No sólo la nobleza—como dice Carlos García—, sino aun las clases más modestas, según la medida de sus recursos, atienden tanto a la cantidad como a la calidad de su alimentación. Este refinamiento culinario ha creado las dos palabras *gourmand* y *gourmet*, diferenciando al que come mucho del que come mucho y bueno y exquisito, al glotón del goloso o melindroso.

Este refinamiento ha creado el arte culinario francés por excelencia, de fama universal, impuesto como prueba de buen gusto y distinción en todas partes. El suicidio de Vatel, el cocinero del príncipe de Condé, porque no llegó a tiempo el pescado para el banquete ofrecido a Luis XIV, da una idea original de la atención y cuidado que requería el servicio de la mesa de un noble en el siglo XVII. En España nos parece ridículo e inconcebible que Vatel haya alcanzado la aureola de un héroe de la abnegación en el cumplimiento de sus deberes... culinarios, aunque bien mirado no poco contribuyó a la su glorificación Mme. de Sevigné con su exquisito arte epistolar.

La gula francesa y el refinamiento del gusto de los manjares y su esmerado y delicado servicio es una imposición y una necesidad que

por costumbre y tradición ha llegado a ser una exigencia fisiológica nacional.

Los españoles—como observa nuestro autor—son más ordenados y comedidos y menos exigentes en su alimentación. Esa sobriedad no implica que no apetezcan los platos exquisitos, pero no es sacrificio renunciar a ellos cuando la necesidad obliga. Les basta satisfacer sus necesidades sustentándose lo suficiente con una alimentación sana, abundante y nutritiva, aunque sea tan monótona, tan rutinaria, como la clásica olla antigua, hoy el puchero o cocido castellano, la puchera montañesa o el pote gallego. Sólo en días que repicaban gordo comíase la sustanciosa «y bien oliente» olla podrida, que, según la lista copiada de una comedia de Lope de Vega (1), podía contener «buen carnero y vaca gorda, gallina, liebre, pernil de tocino, dos varas de longaniza, un chorizo, dos palomas, ajos, garbanzos y cebollas».

Para un hidalgo francés hubiese sido mucho sacrificio conformarse, como nuestro inmortal y venerable paisano Alonso Quijano, con yantar tan modesto como la monótona olla cotidiana con algo más de vaca que carnero, dividida en tres platos o «tumbos», acompañada de pan de hogaza o «bodigo» y por postre algunas aceitunas. La cena, no menos monótona, pues «las más de las noches» era el salpicón, aderezado con carne sobrante de la olla de medio día, servida fría en ensalada con aceite, vinagre y cebolla. Y no digamos la comida de vigilia de los viernes, el plato de «lantejas», al que como exceso añadirían un trozo de salada «truchuela». Para un francés, «duelos y quebrantos» hubiesen sido realmente comer los torreznos y huevos fritos por el horror que tienen a las grasas y al aceite refrito. Y añadir los domingos a la olla, como gran extraordinario, algún mísero palomino hubiese sido gran mezquindad. Enrique IV conocía bien el gusto de los franceses, y era más espléndido, al desearles que los domingos pudiesen añadir una gallina al *pot-au-feu* (2).

¿Y qué hijo de *gentilhomme* hubiese consentido que a su hijo le diesen la siguiente «comida estudianta» en un colegio, como en los tiempos de Luis Vives?

«Nuestro almuerzo—dice el colegial—es un pedazo de pan de

(1) *El hijo de los leones.*

(2) Véase el tan ameno como erudito trabajo del eminente maestro Sr. Rodríguez Marín *El yantar de Alonso Quijano el Bueno,* donde se hallarán curiosos datos sobre el arte culinario de aquella época.

harina sin cerner y un poco de manteca o alguna fruta del tiempo. A medio día comemos algunas yerbas bien cocidas o una escudilla de gachas o algún poco de carne. Unas veces nabos, otras verzas, almidón, sémola o arroz. También en los días de pescado una escudilla de suero con unas sopas o algún poco de pescado fresco, si es que se hallaba en la pescadería barato, pero si no se halla comemos pescado salado bien remojado, después avergas o garvanzos o lentejas o habas o altramuces. La merienda se reduce a un poco de pan y algunas almendras o avellanas, higos secos, pasas o si es verano peras, manzanas, cerezas o ciruelas... La cena se concluye con ensalada muy menuda con un poco de sal y aceyte de olivas de la alcuza con un poco de vinagre... también comemos carne de carnero en un plato grande, cocida en la olla con caldo, con algunas ciruelas secas o raicillas o hierbecitas que nos sirven de almodrote, algunas veces comemos salchicha—y añade el colegial, relamiéndose como si le diesen una golosina exquisita—que sabe muy bien.» (1)

Y según nos dice el mismo colegial, quedaba tan contento y satisfecho. La verdad es que, comparado con la comida que el licenciado Cabra daba a sus colegiales de Segovia, había para hartar al mismo Pantagucel.

Esta sobriedad en el comer tomábanla los franceses como «bajeza, miseria y avaricia». Que los españoles se mantenían sólo de pan y nabanillos era creencia arraigada en el vulgo. El turbión de españoles aventureros que cayó en París eran en su mayoría gente pobre, miserable y hambrienta, prófugos, gente huída por causas políticas, religiosas o criminales que, buscando remedio a su desastre, iban a buscarse la vida más o menos dignamente, según se les presentaba la ocasión... Y sabida es la tendencia de las gentes a generalizar en tipos extranjeros el carácter de todo un pueblo. Si se añade a esta malicia el odio y la prevención de los franceses a «todo lo que no habla español»—como nos ha dicho Carlos García—se comprenderá cuán exagerados son los rasgos con que los franceses trazaban los tipos españoles, según hemos visto en el capítulo anterior en el desfile, más bien de caricaturas en su mayoría, que de personas reales y genuinamente españolas.

JOAQUÍN LÓPEZ BARRERA,
Catedrático de Francés del Instituto de Santander.

(Continuará).

(1) *Diálogos de Juan Luis Vives, traducidos en lengua castellana por el Doctor Christoval Coret y Peris para mejor inteligencia de ambas lenguas.*—Valencia 1781.